

## El nuevo desorden establecido\*

Salvador M. Lozada

Ex Profesor Titular de Derecho de la Universidad de Buenos Aires

En los años treinta Mounier decía: «Nosotros hemos descubierto el juego y los resortes profundos, más profundos que una crisis económica, de lo que hemos llamado, para no ofender al orden, el desorden establecido».

Cuando Mounier hablaba del desorden establecido en aquellos tiempos, no ignoraba la realidad colonial, sólidamente consolidada en el plano internacional hasta los años 60. Era evidente que el desorden estaba confortablemente instalado en todo el mundo, que no era una enfermedad local de los franceses.

Sin embargo, el desorden de hoy es algo diferente tanto en cantidad como en calidad.

Por una parte, porque nuestro desorden mundializado no es más que la extensión y la intensificación de las relaciones de dominación que un centro hegemónico, con un poder nunca antes conocido en la historia humana, ejecuta sobre toda la vasta periferia planetaria. Esta extensión e intensificación es el fruto de una concentración de poder económico, tecnológico y militar sin paralelo y sin precedente. Su instrumento conceptual es la ideología del neoliberalismo, una prodigiosa fábrica de iniquidad y de las más brutales desigualdades.

Dice un informe del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo: «El vínculo entre crecimiento económico y desarrollo humano no es ni automático ni evidente». Verdaderamente se puede decir bastante más.

Las tres personas más ricas del mundo poseen una fortuna superior al producto interior bruto de los 48 países en desarrollo más pobres. El patrimonio de las 15 más afortunadas sobrepasan el producto interior bruto del África subsahariana. Los haberes de las 84 personas más ricas superan el producto interior bruto de China con sus 1.200 millones de habitantes. Según el mismo órgano de las Naciones Unidas, bastaría menos del 4% de la riqueza acumulada por las 225 mayores fortunas mundiales para dar, a toda la población del globo, el acceso a las necesidades básicas y a los servicios elementales: salud, educación, alimentación.

Por otra parte, a esta acumulación abrumadora de capacidad económica se añade ahora la concentración del poder cultural irradiado a través de los *mass media*. Así, las relaciones de dominación se experimentan por los dominados no como dominación, sino como simple mundialización. Según Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, la dominación es más completa dado que el dominado no es consciente de serlo. Por esa razón, a la larga, pa-

ra todo imperio que quiera perder el desafío es la domesticación de las almas.

Ayer, el colonialismo -a pesar de los colonizados que podía reclutar como gentes eventuales- era una violencia venida del exterior. A pesar de su fuerza, a veces agobiante, era una agresión exterior contra la cual los colonizados podían combatir y, combatiendo, vencer, como bien ha conocido la historia del siglo xx.

La dependencia y la subordinación vinculadas a estas nuevas relaciones de dominación extendidas e intensificadas se realizan a través de una penetración sutil y hasta amable, por medio de la imposición inadvertida, hecha por los grandes agentes de persuasión audiovisuales, de nuevos gustos, estilos de vida, paradigmas estéticos, hábitos mentales, clichés conceptuales, y por una nueva mitología. Todo esto consagrado por la fuerza de la reiteración casi ilimitada, del lado de la persuasión, y por el peso de la inercia, por parte de los receptores de la invasión mediática —«el hombre sentado que mira», como decía Mounier en los años 30, previendo ya la degradación del ocio con estas hipnotizaciones y parálisis de nuestros días—, aún peor en el Tercer Mundo por la extrema necedad, vulgaridad y hasta cretinismo de la televisión en los países marginados.

No se trata ahora del «estúpido bazar de los lugares comunes», co-

\* Comunicación presentada en el Coloquio Internacional Emmanuel Mounier (París, 5 de octubre). Traducido por ACONTECIMIENTO.

mo decía también Mounier; se trata más bien de un vasto Centro Comercial —con la estética dorada y repugnante de Miami— que exhibe medias verdades, repeticiones faltas de espíritu crítico, una torpe cosmética verbal de deslizamientos semánticos perversos, como la oferta pública de sexo para reemplazar la prostitución, cubriendo desnudeces con el *prêt à porter* del marketing, o el más sutil en el cual se coloca justo al lado el sector privado y el sector público, como dos opciones igualitarias sobre un plano horizontal, desconociendo la jerarquía propia de lo público, espacio del bien común; por no mencionar el uso abyecto de los verbos vender y comprar aplicados a las ideas, proyectos y realidades del espíritu.

Desde la perspectiva del Tercer Mundo, este acrecentado Desorden Establecido se presenta a sí mismo como un nuevo orden, inevitable, fatídico. Y también necesario y benévolo, a pesar de ser muy bien conocido, sobre todo después de los últimos decenios, que este estado de cosas gravemente desordenado no hace más que profundizar en una medida difícil de imaginar, las injusticias, las desigualdades, las discriminaciones, los privilegios, la opresión, las violaciones de los derechos humanos y el analfabetismo. Todo esto en sociedades con estas dificultades y desgracias pero que, al mismo tiempo, se ven impulsadas irresistiblemente por esos agentes de persuasión audiovisual a sobrevalorar el tener en detrimento del ser de las personas, que son empujadas a buscar sus identidades en la adquisición de los bienes que no pueden comprar y que, cada día más, se alejan de la posibilidad de comprarlos: sociedades dominadas por la angustia de Tántalo, masas incitadas y, al mismo tiempo, frustradas por el ilimitado espejismo del consumo sin fin.

Decía Mounier: «No nos hacemos la menor ilusión sobre la cali-

dad de las fuerzas que luchan hoy contra el comunismo. Quitad el miedo, la vulgaridad, los intereses del dinero, el odio de clase, las miles de pequeñas indolencias, prevenciones y desdías del individuo que se irritan, y tendréis el peso de lo que queda de indignación pura».

Nosotros, lectores de Mounier en el Tercer Mundo, tampoco nos hacemos ninguna ilusión. Incluso no nos hacemos ilusión respecto de la caída del muro de Berlín. No desconociendo la significación que ello pudo tener para la población de Alemania y para Europa, sabíamos que la destrucción de la muralla berlinesa sería contemporánea a la edificación de otros muros no menos temibles.

Muros materiales y muros inmateriales. Materiales, el muro muy real construido en la frontera entre México y los Estados Unidos, donde se puede ver a Tijuana frente a San Diego, en California, manifestación flagrante de que el NAFTA, la asociación de libre comercio entre Canadá, México y la potencia hegemónica es simplemente para las cosas, no para las personas. El libre comercio de que se trata, la globalización de que se trata es, simplemente, para vastos sectores del mundo, la libre circulación de las cosas producidas como resultado de la explotación del trabajo humano, bajo formas muy próximas a la esclavitud. Una esclavitud invisible, no tanto por la apariencia de sus responsables, cuanto por la ceguera moral de los dirigentes y consumidores del Primer Mundo. En los dos últimos decenios el trabajo humano ha venido degradándose a niveles que habrían sido escandalosos e inaceptables a finales del siglo XIX. El Fondo Monetario Internacional predica con un fanatismo encarnizado una cruzada contra la legislación laboral de los países del Tercer Mundo so pretexto de mejorar la competitividad de las industrias, es decir, para perfeccionar la explotación obrera.

El mundo unipolar de hoy, sin confrontación, sin disidencia, sin apelación, sin alternativa, no encuentra razones para examinar su conciencia, ni encuentra tampoco razones para acordarse de que tiene una conciencia que interrogar. El mundo unipolar de hoy es el reino de la ceguera moral.

Inventa sus propias guerras, virtuales o casi virtuales, sin riesgos y sin víctimas, es decir con todos los riesgos y todas las víctimas del otro lado, más allá de la pantalla del ordenador, más allá de la pantalla del radar, guerras a distancia cuya optimización de lo tecnológico arrebató lo que ha podido tener de ardor e incluso de valentía en otros tiempos y queda, en estado puro, la cobardía esencial de la violencia sin riesgo.

Muros inmateriales también. La hipercomunicación maniática de hoy no nos acerca más a los otros, solamente nos aproxima a aquéllos iguales a nosotros, pero nos aleja de los otros, de los desiguales.

La hipercomunicación maniática fabrica nuevas distancias. Éstas son muros de una altura creciente cada día, que separa a los pobres de los ricos en todas las sociedades, y que separa a los países ricos de los países pobres en el mundo entero. Según un informe del Banco Mundial del mes de septiembre último, la mitad de la población mundial vive con menos de 2 dólares por día, es decir, menos de 14 francos franceses por día. El 20% de los países más ricos tienen una renta 37 veces mayor que el 20% de los países más pobres.

Mounier decía: «Dejad hacer, dejad pasar: dejad hacer, dejad pasar al más fuerte. En este régimen sin alma y sin control, la libertad es el robo».

Hoy, señoras y señores, podría actualizarse y transcribirse así: En este régimen sin alma y sin control, la libertad, es la confiscación de la condición humana a más de la mitad de los seres humanos.